

DON SALVADOR

La herencia de un hombre de Dios

En uno de los últimos discursos de Moisés que recoge la Escritura, este hace una reflexión sobre la *sabiduría de vida* que los israelitas habían recibido de Dios. En relación con los mandamientos y preceptos, dice:

Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán: “Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación”¹.

Para nosotros, estas palabras pueden ser una invitación a darnos cuenta de toda la *sabiduría* que hemos recibido a lo largo de nuestra vida de parte de Dios, a menudo por medio de tantas personas que nos han querido y que nos quieren: familia, amigos, profesoras, etc. En el fondo, personas que nos han enseñado *el saber divino de la vida*; personas que nos han enseñado a VIVIR (y lo escribo en mayúscula), porque nos han transmitido y enseñado a caminar libremente y por amor; personas que nos han abierto horizontes, que nos han enseñado qué es lo que realmente vale la pena en esta vida. Gente que ha sabido amar y nos han descubierto el Amor; personas que han sido maestro, que han sido guía... que han sido padre. Y una de esas personas ha sido, sin lugar a dudas, don Salvador.

Lo demuestra, sin ir más lejos, el funeral que celebramos en el Colegio Orvalle el pasado 18 de septiembre, donde participaron alrededor de mil personas, junto a 20 sacerdotes que quisieron concelebrar aquella Misa. Aparte de los familiares de don Salvador, quisieron venir familias enteras, alumnas y antiguas alumnas, profesoras y antiguas profesoras de todas las etapas, personal de secretaría, de cocina, de mantenimiento, y un sinnúmero de otras personas en las que don Salvador, de una forma u otra, había dejado una huella.

He escrito esto último con ciertas dudas, porque a don Salvador no le gustaba nada el recurso a lo vistoso, a lo extraordinario, a las cifras... Pero

¹ Dt 4, 1-2. 6-8.



es innegable que, después de formar parte de Orvalle desde 1987 (35 años, ¡se dice pronto!) ha dejado un legado maravilloso, una huella por la que hemos de dar tantas gracias a Dios. Una vida totalmente entregada a Dios y a los demás, a las familias, a las profesoras y a las alumnas (sus *pocholas*, como las llamaba de forma cariñosa). Quisiera recordar aquí, brevemente, algunos rasgos de su personalidad, que nos ayuden a mantener viva esa acción de gracias y a seguir viviendo la *sabiduría divina* que aprendimos de él.

Heraldo del Evangelio: portador de Cristo

Son incontables los recuerdos que se agolpan en la memoria de los que convivimos con don Salvador. Uno de esos recuerdos son aquellas palabras que solía repetir a todos: hombres y mujeres, alumnas y profesoras, sacerdotes y laicos...; palabras que dijo San Juan Pablo II hace ya varios lustros, pero que son de tremenda actualidad:

Hacen falta heraldos del Evangelio, expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre, que tomen parte en sus alegrías y esperanzas, en sus angustias y tristezas, y sean al mismo tiempo contemplativos enamorados de Dios. Por eso hacen falta nuevos santos².

Son palabras incisivas y actuales, que don Salvador llevaba grabadas a fuego en el corazón y que procuraba vivir. Pienso que nos pueden dar las líneas maestras de la herencia que nos ha dejado.

En primer lugar, “*heraldos del Evangelio*”. Heraldo significa anunciador, portador de una nueva, mensajero. Mensajeros del Evangelio. Ahora bien, el Evangelio, no es un simple mensaje, una doctrina moral o filosófica que se escribe en un libro. El Evangelio, la buena noticia, es fundamentalmente una Persona: Jesucristo. Así pues, un heraldo del Evangelio debe ser un mensajero de Jesucristo y de la Salvación que ha venido a traernos, alguien que transmite la *realidad* de Jesucristo, un portador del Amor de Dios.

² San Juan Pablo II, *Discurso al Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa*, 11-X-1985.



Una de las frases favoritas de don Salvador, que repetía con cierta frecuencia, era que *la vida se transmite con vida*, y en este sentido, le gustaba hacer referencia a la Vida con mayúscula (la vida que Cristo nos da), que es la santidad. Por eso, solía decir a las niñas: “*¡Que Jesús te haga santa!*”. Lo que eso quiere decir es: que encuentres real y personalmente a Jesús, que le trates y te unas a Él hasta vivir su misma Vida.

A las pocas horas de fallecer, muchas antiguas alumnas empezaron a escribir en el Instagram del Colegio Orvalle: recuerdos, agradecimientos, muestras de afecto, etc. Una de ellas, escribió:

Hoy se ha ido al cielo uno de los grandes. Ha entrado feliz, de la mano de la Virgen. Cuantas anécdotas de las alumnas de @colegio_orvalle hemos vivido con él! Porque se dedicó a cuidarnos a todas, y sobre todo a recordarnos lo más importante: que Jesús te haga muy santa.

“*¡Que Jesús te haga muy santa!*”. Es un deseo que prendió en su corazón y que aprendió de San Josemaría. En los años que don Salvador estuvo junto al Fundador del Opus Dei, le caló aquella idea que solía repetir después él mismo: ***Que busques a Cristo, que encuentres a Cristo, que trates a Cristo, que ames a Cristo***³. Ese fue el camino que san Josemaría había recorrido y que, a su vez, enseñó a los demás con el ejemplo de su vida (porque *la vida se transmite con vida...*). Y ese fue también el camino que don Salvador procuró indicar.

Era notable el cariño con el que procuró vivir y transmitir esos consejos: ¡con qué cariño cuidaba a Dios y las cosas de Dios! No hay más que ver la famosa foto —que se hizo viral— en la que aparece con el Niño-Dios junto a su oído; no hay más que recordar con qué delicadeza cuidaba las cosas del oratorio; cómo celebraba la Santa Misa (hasta su última Misa en el Centro Médico Laguna). Tenía a Dios en su corazón, y por eso mismo, lo que transmitía era a Dios. Porque “**de la abundancia del corazón, habla la boca**”⁴: uno rebosa de lo que está lleno, y *la vida se transmite con vida*.

³ San Josemaría, *Camino* 382.

⁴ *Mt* 12, 34.



Supo transmitir la *Vida* —con mayúscula— con su vida. Eso implica, para quienes queremos aprender ese camino, ir por delante, predicar con el ejemplo. Y esa faceta, ese estilo de vida es inseparable de ser experto en humanidad, conocedor del corazón del hombre.

Experto en humanidad: un padre

“*Expertos en humanidad*”, decía también San Juan Pablo II. Pero ¿qué sentido tiene esta frase?, ¿qué es lo que indica? Como para la anterior expresión, ser *experto en humanidad* no consiste sólo en conocer con detalle una doctrina sobre el ser humano, o unos ideales determinados. Significa, sobre todo, conocer al destinatario de lo que se transmite. Y no al destinatario en abstracto (el corazón humano en general), sino al destinatario real, a la persona que tenemos delante: *éste corazón, y éste, y éste otro*. Tenemos experiencia del modo en que don Salvador fue experto en este sentido.

El papa Francisco ha descrito a san José como Padre en la acogida, y señala: **la acogida de José nos invita a acoger a los demás**⁵. Muchos de los que hemos vivido y tratado con don Salvador, en muchos momentos de nuestra vida, le hemos visto así, como un auténtico “padre en la acogida”. En efecto, la acogida era una nota muy suya. Sabía *acoger* al personal del colegio para dar una palabra de paz, de paciencia, de sosiego, siempre dando un sentido positivo a las cosas sin ignorar las dificultades. Supo acoger a las niñas, a todas, especialmente a las que se preparaban para la Primera Confesión y Comunión. Supo acoger en el confesionario (el *salón de belleza*, como le llamaba, porque de allí, sale una siempre rejuvenecida y más bella). Dedicó horas y horas al sacramento de la confesión y a la dirección espiritual: escuchando, alentando, dando esperanza y ayudando a renovar la confianza en Dios. Todo eso lo convirtió en *experto en humanidad*, conocedor del corazón del hombre.

En una ocasión, tratando de este tema, escribió lo siguiente: “*la humanidad del hombre tiene tales características que sólo con la*

⁵ Papa Francisco, Carta *Patris Corde*, 8-XII-2020.



experiencia puede conocerse: aquí no bastan los libros, ni las meditaciones, ni los criterios. De hecho la gente huye cuando se siente tratada “en serie”, cuando se siente medida por normas universales, cuando se les aplica “la regla general” (café para todos). Huye, no simplemente porque resulte costoso, sino porque reconoce que esa actitud no hace justicia a su realidad de persona”. Al hacer referencia a esta realidad, don Salvador siempre se ponía en la piel del otro. Solía decir: “no me trates como a ti te gustaría que te trataran; sino trátame como yo quiero ser querido”. Lo primero es ya un paso, pero solo lo segundo genera auténtica comunión. Y lo segundo exige una mirada atenta, un corazón capaz de acoger a personas muy distintas a uno mismo, una disposición de cercanía y de auténtica *com-pasión*, esto es, de vivir las alegrías y las penas del otro como si fueran propias.

Claro que no se quedaba en la acogida. Era un hombre cercano, compasivo, pero sobre todo era una persona que confiaba en los demás, y los lanzaba hacia adelante. De hecho, otra frase muy suya —que tomó del título de un famoso libro— era que “sólo el amor es digno de fe”. Es decir, que la confianza tiene una base que es el cariño, el amor. Y es muy cierto, porque nos solemos fiar de la gente que amamos, que queremos.

Junto a eso, sabía potenciar los talentos de cada uno. Una podía ser más intelectual, otra mejor para las relaciones humanas; aquella muy hábil en tal o cual tarea, la otra una experta en comprender a la gente... De este modo, acogiendo, confiando y ayudando a crecer, se convirtió en amigo y en padre para muchas personas. Se convirtió, quizá sin saber cómo, en una “*persona balsámica*”, como le gustaba decir.

San Josemaría, solía hablar de la necesidad de convertirnos en ***sembradores de paz y de alegría***. Y en una época como la actual, donde la modernidad ha negado la fe y la posmodernidad, la esperanza, necesitamos personas que, en el ambiente en el que vivimos, sean, como lo fue don Salvador y lo han sido muchas más personas al conocerle, sembradores de paz, de alegría y de esperanza. No haremos más que dar lo que tenemos, que compartir la Vida que hemos encontrado en nuestra



relación con Jesús. Entonces seremos auténticos heraldos del Evangelio, expertos en humanidad, padres y madres de corazón.

No es tiempo de tristeza, sino de agradecimiento. Tiempo de dar gracias a Dios por haber tenido tan cerca a un hombre de Dios, que nos ha dejado una herencia preciosa, un estilo de vida que, de alguna forma, deseamos para cada uno de nosotros. Gracias, porque con la cercanía de don Salvador nos ha enseñado a vivir, a caminar amando y respetando la libertad. Gracias, porque con sus palabras y su presencia nos ha abierto horizontes y nos ha enseñado (¡con su vida, porque *la vida se transmite con vida!*) qué es lo que realmente vale la pena: vivir, cuidando a las personas —una a una— con la libertad propia de los hijos de Dios.

Que la Virgen de Orvalle, a la que tanto cariño y devoción tenía don Salvador y tenemos todos en el Colegio, nos prepare también a nosotros *un camino seguro*: **Santa María, prepáranos un camino seguro.**

Don Javier Bordonaba Leiva
Capellán del Colegio Orvalle

